

arraigar. *La historia alemana comienza bajo el signo del particularismo.*

Éste es de naturaleza distinta al actual, pues se funda totalmente sobre la diversidad característica de los pueblos originarios, mientras que el particularismo de los tiempos más recientes tiene muy poco que ver con el espíritu popular y sí mucho en cambio con la soberanía dinástica nacional. Pero tienen de común que en ambos prevalece lo particular a expensas de lo colectivo. Nos encontramos con un rasgo del carácter del pueblo alemán, que no se debe pasar por alto, júzguesele agradable o no.

Evidentemente, en tales circunstancias el Reich no hubiera podido nacer ni hubiera podido consolidarse, si no se hubiese presentado un factor, que se erigió en adversario del particularismo de los duques de los pueblos originarios. Nos referimos a la *Iglesia*.

La Iglesia del Reich alemán más antiguo, es una Iglesia de estado, como ya lo fué en el imperio franco. Está acostumbrada a aceptar como deber el servir al rey con sus recursos, y en compensación ejerce como un derecho el de guiarlo personalmente y hasta casi dominarlo claramente. Se siente ligada al soberano y halla en ese vínculo su ventaja: la posibilidad de dominar al pueblo, mientras sirve al rey. Se opone por lo tanto, donde sea, a ser absorbida dentro de la organización pública y rehusa subordinarse al duque. Obispos y abades desean continuar siendo obispos regios, obispos del Reich, abades del Reich, sin dejarse mediatizar. Su posición, su jerarquía, su influencia, su independencia, sufrirían con ello una pérdida, pero habría que lamentar también un perjuicio material. Sus bienes, en efecto, se hallan en parte fuera de los territorios de los pueblos originarios, por cuanto las fundaciones religiosas no se detienen ante

ningún límite territorial. Por esta razón, obispos y abades son los representantes natos del concepto imperial y unitario.

Son ellos más que otros los sostenedores de un principio realmente político, porque en sus círculos se encuentra preferentemente la cultura espiritual; y de la concepción del estado a que están adheridos saben deducir consecuencias prácticas.

Así, todo —interés e ideal— los coloca al lado del rey en la lucha entre el poder real y el poder ducal, y, a la inversa, el rey debe apoyarse en ellos, si quiere sostenerse. Para con los seglares, el rey debe estar satisfecho con la adhesión a su persona; para con los altos eclesiásticos, puede contar con mucho más: con la fe en la idea del Reich. Y puede confiar tanto más en ellos, cuanto que tiene la posibilidad de elegir a las personas por sus cualidades, su capacidad, su modo de pensar, su carácter. Las dignidades mundanas y los cargos seculares son más o menos hereditarios. Pero de las sillas episcopales y de las grandes abadías, el rey dispone libremente cada vez que quedan vacantes; el que designa recibe de su mano su cargo y a menudo ni siquiera es elegido, sino nombrado simplemente por el soberano. No existe en el viejo estado alemán ningún vínculo más natural que éste entre el trono y el altar.

El vínculo se ha conservado. Fué el primer gran triunfo de Otón I, cuando logró, aun en los comienzos de su gobierno, quitar a los duques la facultad de disponer de todas las iglesias del Reich y concentrarlas en sus manos. Desde entonces la Iglesia fué el sostén principal del poder real. Los obispos son el más activo contrapeso del particularismo de los poderes ducales. Cuando los duques, en el año 953, se conjuraron contra Otón, para derribarlo, los

obispos estuvieron, casi sin excepción, de parte del rey y a ellos debió éste el haberse sostenido. El vínculo quedó entonces firmemente anudado: los obispos serán ya para siempre el partido del Reich.

La Iglesia sirvió al Reich y al rey con los grandes bienes de que disponía y que los mismos reyes aumentaron a manos llenas, y con la superior cultura espiritual de sus representantes. Obispos y abades son los consejeros permanentes del soberano, sus ministros y diplomáticos, a veces sus políticos dirigentes. Los obispos forman y mantienen la tradición de la política del Reich; obispos y eclesiásticos administran y organizan los elementos de poder de la Corona y hasta conducen a menudo los ejércitos imperiales al campo de batalla. La espina dorsal que mantiene erguido el Reich, la abrazadera que asegura su unidad, es la Iglesia. Sin ella se desmoronaría y ya al nacer se hubiera disuelto en la multiplicidad natural de sus componentes.

Se verá con evidencia lo que significó la Iglesia en el antiguo estado alemán, si indagamos los recursos del poder del rey.

El antiguo rey alemán, ateniéndose al derecho, no es en modo alguno un soberano absoluto. Es el juez supremo y el jefe militar; pero en todo lo demás, es decir, en lo que llamamos política, depende del consentimiento de los magnates, o sea, de la aristocracia. Sólo "con el consejo y la anuencia de los magnates" puede actuar en la guerra y en la paz. Hay que ver en él no tanto al soberano omnipotente sino al conductor y representante de la aristocracia dominante.

Cuando el rey trate de imponer su voluntad, el logro de su propósito dependerá de la cantidad de poder material que pueda echar sobre la balanza de las deliberaciones.

Todo el poder del estado descansa en último término

en la obediencia voluntaria de los súbditos y en la posibilidad de emplear la fuerza contra los rebeldes, vale decir, en las fuerzas armadas. En seguida comprendemos lo que significa el apoyo de la Iglesia para la obediencia espontánea. La Iglesia dominaba las almas con una influencia muchísimo más segura y exclusiva que la que tiene hoy mismo en los países más clericales. Pero no era menor su obra a favor del rey en lo que se refiere a las fuerzas armadas.

Si se desea tener una idea de las características de la potencia militar del Reich en los tiempos antiguos, hay que prescindir de todas las ideas habituales. En ningún otro aspecto se nota mayor diferencia entre la época antigua y la moderna. No se puede hablar en modo alguno, de servicio militar obligatorio. Éste consiste únicamente en una especie de guardia territorial para la defensa del país, sin que tuviera mayor importancia práctica, ni siquiera en las fronteras territoriales. De hecho, esta guardia territorial del Reich nunca fué convocada contra un enemigo exterior. Sólo llegó a ser eficaz para la protección interna contra el bandidaje y ocasionalmente en algunas guerras civiles.

En el antiguo estado alemán la guerra es desde el principio la profesión natural de una clase social privilegiada: los caballeros feudales. Como muchos otros privilegios, es una herencia del estado franco, en el que los caballeros vasallos del rey y de sus grandes, constituían el núcleo medular y el arma capital del ejército. Y el mayor mérito de los primeros reyes sajones, Enrique I y Otón I, consistió en haber creado y engrandecido este ejército profesional del reino, constituido por caballeros, según el uso franco. Con ello, en el curso de su gobierno, se elevó Enrique I a mayor prestigio y Otón I se convirtió en señor de todo el Reich y en el primer soberano de occidente. Tiene



OTÓN Iº EL GRANDE

Obtuvo el título de Emperador Romano para la Nación Alemana y aseguró las fronteras del Reich.

A los pies de Cristo con su esposa y su hijo Otón II.

(Escultura de marfil. Milán, Museo del Estado)

a su disposición, en todas las regiones de sus dominios, un numeroso tropel de caballeros armados, premiados con latifundios —feudos caballerescos como se llaman aún hoy—, ejercitados en las armas desde su juventud, de padre a hijo y luego de familia a familia, viendo en la lid y la guerra su profesión, y prontos en todo momento a correr bajo banderas, cuando el rey los convoca y se entrevé una recompensa y un botín.

La base y el fundamento para dotar a estos soldados hereditarios del Reich, los dan en primer lugar los vastísimos territorios llamados bienes de la Corona, en los que se unen el patrimonio propio de la casa real con lo heredado de anteriores familias reales y con todo aquello que fué tomado por el estado y para el estado en la guerra y en la paz, mediante conquista, confiscación o devolución; una cuantiosa masa de heredades rurales y bosques, de cuya renta vive la administración del Reich y una parte de la cual se emplea para sostener a los caballeros.

El rey no soporta por sí solo el peso de tales aprestos bélicos, una parte considerable se descarga sobre los hombros de los magnates. Éstos están obligados a mantener caballeros-vasallos, y a presentarlos según los necesite el rey. Entre los magnates son también los eclesiásticos, los príncipes-clérigos, los obispos, los abades, quienes contribuyen con el aporte principal. Pueden hacerlo porque son muy ricos, inmensamente ricos. En los momentos en que el cristianismo penetró en Alemania, en los días de Bonifacio, Carlomagno y hasta un siglo más tarde, rivalizaron nobles y plebeyos en colmar a iglesias y monasterios de donaciones de tierras con sus vasallos. Desde entonces el afán declina considerablemente, pero el tesoro aumenta siempre, precisamente por la generosa benevolencia de los reyes. Es casi imposible abarcar con la mirada la extensión

de las propiedades de que disponen, especialmente algunos monasterios mayores, como Lorsch, Fulda, Hersfeld, Reichenau, Weissenburg, Saint Gall. Lo que poseen supera en mucho a lo que necesitan, pues los monjes son pocos y, además, deben vivir santamente, es decir sobriamente y sin comodidades. El excedente pasa al rey como tutor y señor del monasterio, con destino a los servicios del Reich; el rey establece caballeros en las propiedades rurales de los obispos y abades. Los obispados y monasterios, en fin, empleando una expresión moderna, son los que soportan principalmente el presupuesto de guerra.

Una feliz casualidad nos ha conservado algunas cifras, que corroboran estas aseveraciones. Poseemos la lista de una proclama que lanzó el emperador Otón II en el año 982 a los francos, suabos y bávaros, para la guerra contra los árabes en la Italia meridional. Nos enteramos por ella de que obispos y abades suministraron más del doble de caballeros armados que todos los demás magnates seculares juntos. El más fuerte de estos últimos, el "duque de Alsacia" —Alsacia constituía a la sazón, temporalmente, un ducado aparte en el pueblo suabo—, aportó 70 hombres; los obispos de Maguncia, Colonia, Estrasburgo y Augsburgo, 100 cada uno. Los aportes más altos después del alsaciano, entre los contingentes seculares, son de 30 y 40 caballeros, mientras por lo contrario Reichenau y Fulda enviaron 60 y Lorsch y Weissenburg 50.

Sumando lo que el clero ofrece al Reich en fuerza espiritual y material, no es exagerado decir que el poder de la corona descansa sobre la Iglesia y que ésta, junto con el patrimonio del Reich, es el fuerte pilar que sostiene el poder del rey.

CAPÍTULO SEGUNDO

Los problemas exteriores del Reich — El doble frente — Lotaringia y el confín occidental — El confín oriental: húngaros y eslavos — Italia y la corona imperial — El reino lombardo — El Imperio Romano — Borgoña — ¿Fue un error la política imperial? — Sus móviles políticos realistas — Su utilidad.

Cuando el soberano alemán, con el apoyo de la Iglesia, pudo alcanzar el dominio de todo el territorio, tuvo reunido en su mano un poder enorme para esos tiempos. En sus alrededores no había ningún estado que pudiera medirse con el alemán, pues en el oeste el poder real de Francia declinaba a la sazón hacia la impotencia, y en el sur, en Italia, no había sido conjurada aún la dispersión que en ella produjo el derrumbe del imperio de los francos. En el occidente, Alemania, para decirlo a la moderna, era la única gran potencia del momento.

¿A qué fin servía esa gran potencia?

No puede haber un error más grave que la idea, a menudo muy difundida por inconsciencia o semi-consciencia, de que estados, reinos y soberanos pueden elegir a su antojo sus deberes y que la política de un país tiene su origen en los caprichos de su soberano. Esto puede acontecer a veces, como un extravío pasajero y siempre en el único y muy limitado sentido de que una posibilidad existente es estimada en más de lo que vale por una preferencia personal del rey o una necesidad juzgada más imperiosa de lo que es. En general, a todo estado le son impuestos sus